

CARLOS MARICHAL, *Historia mínima de la globalización moderna y contemporánea*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2024, 395 pp. ISBN 978-607-564-600-8

No recuerdo dónde leí que nadie debería hacer la reseña de un libro que no fuera capaz de escribir, criterio que me descalificaría en este caso. Para elaborar una obra, por lo menos, similar al volumen que aquí me toca reseñar, simplemente me faltaría la larga experiencia con la temática y los anchos conocimientos que Carlos Marichal ha acumulado a lo largo de su trayectoria y ahora puede aprovechar de forma impresionante para esta *Historia mínima de la globalización moderna y contemporánea*, una visión de conjunto de la evolución de la globalización entre 1850 y 2020.

Para empezar, Marichal define la globalización como “la intensificación de las *conexiones* entre países y continentes” (p. 14) y constata que el término, de esta forma, sirve como “paraguas conceptual para describir procesos cada vez más acelerados de integración o vinculación económica, tecnológica, cultural y social que cruzan las diferentes fronteras y culturas del planeta” (p. 13). No obstante este punto de partida, el autor, a partir de este momento, trata la globalización, sobre todo, como “la construcción de una economía mundial” (p. 13) y la analiza:

[...] en función de la integración progresiva entre países y, en particular entre sus mercados de bienes, servicios y factores de producción, capital y trabajo. Nos interesa especialmente dar a conocer cómo las sucesivas revoluciones industriales, agrícolas y financieras han impulsado el comercio mundial, han movilizado los flujos de capitales e impulsado diversas olas de migraciones internacionales. Para explicar estos procesos consideramos como factores clave la transformación de los sistemas energéticos, de transporte y de las comunicaciones en los distintos países, y a nivel de las empresas y de las organizaciones públicas y privadas (p. 15).

En este afán, observa también “los cambios en los marcos institucionales” (p. 15) que siempre han acompañado, fomentado o frenado los vaivenes del avance de la globalización. Además donde la explicación de esta historia lo requiere, de forma “complementaria”, tampoco deja de lado la historia política y social (p. 15). Pero lo que siempre marca la pauta de la obra es su orientación economicista, como corresponde también a la postura dominante de amplios sectores de los estudios de la globalización.

A partir de ahí, el volumen está estructurado, en orden cronológico, en seis capítulos dedicados a otros tantos periodos: 1850-1873, 1873-1914, 1914-1945, 1945-1980, 1980-2000 y 2000-2020. En cada uno de los capítulos, se presenta de forma particular la evolución del comercio internacional, del transporte y de las comunicaciones, de la producción (caracterizada por el progreso de la industrialización), de las finanzas, las políticas monetarias y los flujos de capitales y de las migraciones. La argumentación se apoya en amplia información cuantitativa y serial, pero no descuida el momento narrativo. De las precisas descripciones de fenómenos, situaciones y eventos concretos se beneficia enormemente la comprensión de la compleja temática tratada. La lectura resulta incluso amena, a pesar de los muchos números, y esto no se puede alabar lo suficiente.

Me abstengo de resumir en detalle la historia que Marichal nos cuenta, porque sería como tratar de acortar una historia mínima una vez más. Pero quiero constatar que, creo, el libro expone dos desarrollos principales a lo largo de los 170 años observados, más allá de los detalles de las dinámicas económicas que describe: 1) con todos sus altibajos, una intensificación continua de la globalización económica, salvo una fase de severo retroceso entre 1914 y 1945 (sobre todo de 1929 y 1945), la que Marichal caracteriza como de desglobalización; y salvo también su perspectiva al futuro, en que nos confronta con las interrogantes que se ciernen sobre el presente en que la crisis financiera de 2008 y la pandemia de Covid de 2020 a 2023 han sacudido la confianza en las instituciones democráticas, están surgiendo los nacionalismos y populismos en todos lados y son omnipresentes las consecuencias de la crisis ecológica, síntomas todos que ponen en cuestión la sostenibilidad de nuestro modelo económico y el porvenir de la globalización, tal como ha evolucionado desde 1850. 2) Muestra

cómo la globalización moderna nace como desarrollo monopolar, con su centro en Occidente, en particular en Gran Bretaña y después en Estados Unidos, para volver a convertirse en las últimas décadas en un sistema multipolar, con el auge del llamado Sur Global, sobre todo, con el ascenso de China e India (y ciertamente con el antecedente de la temprana industrialización de Japón).

Carlos Marichal en ningún momento escribe una historia triunfalista. Evita caer en una narración simplista. Siempre se esfuerza por identificar variantes regionales en el avance de la globalización y en su impacto, dedicando amplio espacio a los países del hemisferio sur, no como último a América Latina. Señala los retrocesos y las resistencias, los ganadores y las víctimas de la globalización, las injusticias y la explotación del colonialismo. Muy ilustrativos son los detalles que Marichal cuenta. Para dar sólo un ejemplo, resulta revelador que en los años setenta y ochenta del siglo pasado las instituciones financieras internacionales, mientras predicaban la libre economía de mercado, otorgaban sus préstamos con preferencia a empresas estatales y para financiar obras públicas, es decir, a los gobiernos, incluso los dictatoriales, pues les inspiraban más confianza que las empresas privadas (pp. 258-259). Con frecuencia, Marichal hace referencias a fenómenos extraeconómicos, lo que enriquece la lectura. Muchas cosas, que han marcado la época, se mencionan, como la remodelación de París en el tercer cuarto del siglo XIX. “En efecto”, dice Marichal, “si Londres era capital de la naciente globalización industrial y financiera, París lo era de la moda y las industrias de lujo, la cultura y la edición, así como de los modelos de administración pública y de grandes obras de infraestructura” (p. 35). Más adelante, menciona la creciente popularidad del *American way of life* y la influencia de los nuevos medios de masa, como el cine. Dedicar breves subcapítulos a “las dimensiones globales de la Guerra Civil española” y a “la guerra civil e internacional en China”, entre 1927 y 1945, y un par de páginas a la Revolución de Octubre en Rusia, “que espoleó una ola de movimientos obreros y de izquierda, cuya trayectoria posterior tendría enormes consecuencias a lo largo de buena parte del siglo XX” (p. 144). Con el surgimiento del bloque comunista alrededor de la Unión Soviética en la Guerra Fría, entre 1945 y 1980, y el proceso de descolonización define incluso uno

de sus seis capítulos principales, al ver surgir un orden tripolar de la globalización.

Se puede concluir que el libro de Carlos Marichal es, a su manera, una pequeña obra maestra. Si se puede comentar algo es sobre “su manera”. Pues me parece instructivo no olvidar que el libro de Marichal adopta una postura clara en un amplio y a veces contradictorio debate.

Regresemos, entonces, al principio. He señalado que Carlos Marichal escribe sobre la temática principalmente desde un enfoque económico. Está contundentemente argumentado y, además, se apoya en una amplia bibliografía de distinguidos investigadores citados a lo largo del volumen. En términos de Jan de Vries, se basa entonces en una definición dura de la globalización. Ahora, no puedo dejar el punto sin comentar, pues siempre he abogado en favor de una definición blanda y, por lo tanto, de una apertura temática y temporal de la historia de la globalización. De Vries identifica la definición blanda con la idea de la globalización como sistema de interacciones sostenibles entre las diferentes partes del mundo. Los contactos, relaciones, intercambios e interacciones se realizaban a lo largo del tiempo en diferentes niveles y su impacto influenciaba “far more than simply economic life”. Abarcan desarrollos sociales, demográficos y culturales; que resultan en mayor interdependencia e integración de tal manera que “the time and space aspects of social relations become compressed”. “Evocation of a compressed and intensified world may be called ‘soft globalization’”.¹ La “globalización dura”, según Vries, es preferida por los científicos sociales, que buscan argumentos comprobables y mensurables. “Las cifras”, dice Marichal, “permiten evaluar las dimensiones de intercambio entre países y continentes, los principales ciclos y las tendencias en el corto y largo plazos, así como la velocidad o lentitud de los movimientos en cada periodo histórico” (p. 14). En su expresión más pura, el enfoque duro de la globalización tiende a convertirse en una actitud de que no se puede hablar de lo que no se puede medir cuantitativamente, y así O’Rourke y Williamson

¹ Jan DE VRIES, “The Limits of Globalization in the Early Modern World”, en *The Economic History Review*, 63: 3 (2010), pp. 710-733, p. 711; se basa, entre otros, en Manfred B. STEGER, *Globalization. A Very Short Introduction*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

reducen la globalización a la integración de mercados que se puede medir por la convergencia de precios, y como no había convergencia de precios antes del siglo XIX, tampoco puede existir globalización antes del siglo XIX.² Pero algunos historiadores, y no sólo yo, hemos considerado que tal postura tiende a perder de vista la enorme complejidad de un proceso tan amplio como es la globalización.

Dicho esto, hay que destacar que conceptualmente el libro que aquí discutimos parte, a mi modo de ver, de una definición dura, pero aprovecha su enfoque para una argumentación sólida y una narración clara, sin caer en sus vicios. Marichal advierte: “[...] la importancia de disponer de información cuantitativa y comparativa sobre diversos flujos globales también requiere complementar la exploración de sus causas y consecuencias” (pp. 14-15). Muestra, de esta manera, que los diferentes enfoques se pueden beneficiar mutuamente.

No obstante, la decisión por una definición, dura o blanda, económica o más general, no puede quedar sin consecuencias. Determina, por ejemplo, la lógica de la periodización. Marichal ve las guerras napoleónicas como crisis de lo que podríamos llamar “globalización temprana” (mi término)³ o “protocapitalista” (Bayly),⁴ pues a partir del Congreso de Viena (1815), con el surgimiento del nacionalismo, “se impusieron múltiples grados de proteccionismo [...], propiciando una fuerte volatilidad en el comercio y en los precios de la mayor parte de las mercancías durante al menos dos o tres décadas” (p. 19). En otras palabras, estamos frente a una fase de desglobalización. En términos económicos esto resulta innegable; dentro de la argumentación de Marichal es totalmente lógico que no puede empezar con un periodo de desglobalización la historia de la globalización moderna, pues “el periodo de 1850-1873 constituyó el verdadero momento de su despegue” (p. 21). Para mí, a diferencia, la disolución del imperio colonial español y el triunfo definitivo de Gran Bretaña, debido en buena parte al impacto de su progresiva industrialización (iniciada décadas antes),

² Kevin H. O’ROURKE y Jeffrey G. WILLIAMSON, “Once More. When Did Globalization Begin?”, en *European Review of Economic History*, 8 (2004), pp. 109-117.

³ Bernd HAUSBERGER, *Historia mínima de la globalización temprana*, Ciudad de México, El Colegio de México, 2019.

⁴ C. A. BAYLY, *The Birth of the Modern World, 1780-1914. Global Connections and Comparisons*, Malden, Oxford, Backwell, 2004, p. 44.

con que dejó atrás a sus competidores europeos como Francia, pero también China, que estaba sumergiéndose en una larga crisis, o India, donde los británicos estaban tomando el control, justifica considerar un cambio tan profundo para observar alrededor de 1820 la transición de la globalización temprana multipolar y una nueva época monopolar.

Consideraciones semejantes surgen en cuanto a las fases en que divide la historia narrada. El análisis económico a lo largo de los 170 años estudiados permite a Marichal definir fases de aceleración y desaceleración e incluso de desglobalización, por ejemplo, como consecuencia de la primera Guerra Mundial y la crisis económica mundial de 1929. Si se define globalización de forma más amplia, no centrándose en las relaciones económicas, el asunto se hace mucho más complicado, menos claro, más complejo; pues una guerra mundial y una crisis mundial de repente pueden interpretarse no como ruptura, sino como momentos de globalización particularmente densa. Si se parte de que la conexión de los países y continentes se realiza con base en la anterior y paralela integración interna de estos espacios, los Estados nacionales y nacionalismos (pero también asociaciones de Estados, como el bloque comunista de la Guerra Fría) se convierten en fenómenos de la globalización y no su antítesis, independientemente de qué postulados predicen. En fin, lo que Marichal describe como desglobalización, y tiendo a juzgarlo como un momento en que la jerarquía entre las diferentes fuerzas globalizadoras se modifica, lo que puede implicar que las relaciones económicas internacionales se debiliten, mientras que, por ejemplo, las imágenes del cine de Hollywood conquistan los imaginarios del mundo. Pero debo admitir que la narración sobre la globalización posiblemente pierda claridad al sobrecomplejizarse, trampa que Marichal evita con su definición más dura.

De las definiciones básicas, entonces, dependen también las temáticas tratadas y la relevancia que se les da. Hay puntos que Marichal no discute o sólo los menciona de paso porque no importan en el marco de su argumentación, y otros en que se limita a su significado económico. Se habla muy poco de factores culturales como las religiones o la difusión de los idiomas europeos en muchas partes del mundo, en detrimento de las lenguas nativas, o de la homogenización de la cultura cotidiana, si no es que se convierte un factor económico. Se discute la migración sobre todo por su función en la creación de mercados de

trabajo y de consumo, y no por su significado social y cultural (el que era enorme en el caso de los flujos migratorios de la temprana globalización, a pesar de sus relativamente reducidos números). Ahora, habría que discutir en qué medida los campos en que, por ejemplo, yo he observado la articulación de la globalización temprana (cosmografía, expansión imperial, expansión religiosa, migración y actores globales y economía) realmente son autónomos, cómo se relacionan entre sí o si acaso no todos estaban determinados por las fuerzas económicas. Pero éste no es el espacio para abordar este controvertido tema.

Para concluir, creo que un reseñador se equivocaría si pidiera que un autor escribiera un libro como él lo hubiera abordado. La historia, en general, y la globalización, en particular, son demasiado complejas para permitir respuestas unívocas y concluyentes. Como todos los debates, también la historia de la globalización se enriquece por la diversidad de voces y enfoques. El breve excursus sobre las versiones duras y blandas de la globalización, por lo tanto, no sirve para criticar al libro de Carlos Marichal, sino para situar al autor, y también al reseñador, por lo menos de manera aproximada, en las discusiones de la investigación histórica de la globalización. Esto ojalá sirva para continuar con el debate al que Carlos Marichal con la riqueza de datos y sus perspicaces interpretaciones nos invita. El peso de la economía, sin duda, debe tener y tendrá un lugar central en toda investigación sobre el tema. Así termino con otro enunciado cuyo autor se me ha olvidado. Algún político proempresarial, cuando se le cuestionaban sus puntos de vista (por cierto, desde una postura ecologista), contestó que ya sabía que la economía no es todo, pero sin economía no somos nada.

Bernd Hausberger
El Colegio de México